

Sueños que no existen

Óscar Santos Payán, sobre *DRA*

Un edificio que no existe en un cielo que refleja
los constantes movimientos sísmicos del alma.
Seres inquietos rezumando ansiedad,
manos que se mueven alocadamente pero con sentido
descubriendo los objetos y las fronteras
de lo absurdo, de lo ilógico.

Es un momento rápido en las nubes de balcones,
ya lo veo, allí está sentado en el balcón;
lanza una y otra vez migajas de avestruz
entre los barrotes amarillos.

Los buitres bajan en picado fallando una y otra vez
hasta que un pájaro oscuro de gran tamaño
recoge las presas de una sola pasada.

Él se ríe y aprieta con sus manos un bidón de alcohol
que sombrea las hojas de sus plantas.

Al principio lloraba por las lágrimas de otros,
ahora no. *¡Claro que no!*, grita ya desde dentro.

Otro día pasó para mí y para todos los simples mortales
que habitamos el edificio, invisible, donde aquella chica
pintó unas escaleras, cinceló un sueño y decoró una vida
al lado del nórdico semblante.



Mi vecino y yo tenemos charlas dominicales hablando de él.
Una vez me pintó en un cuadro una historia de sombreros y
monstruos kafkianos que me recordaron la soledad
de aquel visitante grotesco que nunca tiene el mismo rostro.

Como en toda historia inventada, cuando me fui me despedí
de todos. Primero del depravado hombre sin rostro y después
de mi vecino, sí, el de los domingos por la mañana.
Me sonrió cuando llegué al último escalón de la cartulina
y yo le dije en voz alta:

No te preocupes, es sólo para siempre.



1995